

MANUEL REGAL LEDO

LOS SALMOS HOY
VERSIÓN ORACIONAL A LA LUZ DEL EVANGELIO

Prólogo
Andrés Torres Queiruga

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2013

ÍNDICE

PRÓLOGO <i>de Andrés Torres Queiruga</i>	9
PRESENTACIÓN	17
SALMOS 1-150	49
ÍNDICE TEMÁTICO	423
ÍNDICE DE PASAJES EVANGÉLICOS CITADOS	427

PRÓLOGO
SENTIDO Y NECESIDAD DE UNA
“TRADUCCIÓN CRISTIANA” DE LOS SALMOS

Difícilmente se encontrará en la literatura universal un escrito religioso de tanta riqueza espiritual y de tanto influjo histórico como el libro de los salmos. En él se reflejan no sólo las esperanzas, alegrías, dudas, angustias y rebeldías de orantes excepcionales, sino también la historia secular de todo un pueblo en su relación con Dios. No es de extrañar que, con el tiempo, se convirtiese en uno de los libros oficiales en la liturgia de la Iglesia, de manera que en la recitación de los salmos se ha alimentado y continúa alimentándose una buena parte de la espiritualidad cristiana.

Incluidos en la Biblia, los salmos hacen muy explícita una dimensión fundamental de la revelación. Mientras el mensaje profético se expresa como palabra de Dios hacia las personas –“escucha, pueblo mío”, “así dice el Señor”–, la oración de los salmos presenta la palabra humana dirigiéndose a Dios, tal como es ella: adorante, agradecida, angustiada, suplicante. Va, pues, de abajo hacia arriba; pero es también revelación, porque constituye ya siempre una respuesta suscitada e inspirada por la presencia viva y salvadora de Dios. Los salmos revelan la subjetividad humana en cuanto abriéndose a esa presencia: muestran el modo justo, verdadero y auténtico de acogerla, de invocarla y de dejarse transformar por ella.

Pero los salmos, por el hecho de realizarse a través de la acogida humana, participan necesariamente de la historicidad de toda la revelación. También ellos son fruto de ese largo, difícil y admirable proceso de la “lucha amorosa” de Dios con nuestras limitaciones y con nuestras resistencias para revelarnos su amor y hacer presente el verdadero sentido de su salvación. Por eso los Salmos, en el largo proceso de ir perfilando y acogiendo el rostro auténtico de Aquel a quien se dirigen, aparecen llenos de descubrimientos fulgurantes, caídas inesperadas y humildes y fatigosas correcciones. Finalmente, ese camino culmina en la increíble e insuperable pureza manifestada en la palabra, en la vida, en la muerte y en la resurrección de Jesús de Nazaret.

Por eso, vista desde hoy, la verdad de los salmos aparece como una *verdad en camino*, con distinta pureza conforme a los diversos tiempos. No se pueden leer todos por igual, en una nivelación sincrónica, como si fuesen creados o escritos al mismo tiempo y con la misma mentalidad. Un salmo creado en el siglo IX antes de Cristo, cuando todavía era posible hablar de “dioses” en plural (cf., por ejemplo, Sal 58,2; 82,1; 97,7...) y la idea del Señor conservaba muchos rasgos de aquel terrible “Dios de los ejércitos”, no puede ser leído o rezado igual que otro escrito después del Destierro; porque ahora, gracias a la fidelidad orante y al trabajo profético, Dios ya había conseguido revelarnos que Él era el Dios de todos, que cada persona era única y querida para Él, y que su amor no respondía a la visión justiciera de la teología deuteronomica.

De hecho, la misma Biblia fue operando ya una reinterpretación profunda de los salmos, acomodándolos al avance de la revelación. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, los salmos referidos al rey pasaron a ser aplicados al Mesías y la esperanza puramente terrena tendió a

ser interpretada como esperanza escatológica. Y en el Nuevo Testamento son leídos siempre en perspectiva cristológica, es decir, a la luz de las enseñanzas y del ejemplo de Jesús el Cristo. El mismo Jesús practicó una relectura actualizada del Antiguo Testamento. Luís Alonso Shökel hace notar, por ejemplo, como Jesús rompe una imagen vengativa de Dios sustituyéndola por otra de pura gracia y misericordia, cuando “en la sinagoga de Nazaret suprimo el último verso de Is 61,1s, que le tocaba leer aquel día (Lc 4,18s)”. Porque ese verso, que proclamaba “el día del desquite / venganza de vuestro Dios”, era lo que deseaban escuchar los impacientes del poder romano”, pero no respondía ya al amor del *Abbá* que Jesús anunciaba.

Esta conciencia histórica llama a hacer una *distinción fundamental* a la hora de aprovechar la preciosa revelación presente en los salmos, según se usen para el estudio reflexivo y teológico o para la oración directa y la relación entrañable. El *estudio*, investigando críticamente el horizonte y el sentido original de cada salmo, permite comprenderlo como etapa precisa en el camino, tanto con lo que puede tener de limitación dentro de la propia circunstancia como de avance hacia el futuro. De ese modo no sólo respeta la historia pasada, sino que la convierte en aprendizaje actual, pues también cada época y cada individuo tienen –tenemos– que rehacer al propio modo el mismo o parecido camino.

Distinto es el caso de la *oración*, porque la oración *cristiana* es ya palabra directa al Dios de Jesús, que recoge, purificado y llevado por él a la máxima e insuperable altura, aquello que había sido alcanzado en la revelación anterior. Cuando oran, el cristiano y la cristiana se dirigen por lo tanto a un *Abbá*, padre-madre, creído y confesado ya como amor sin límite y perdón incondicional, compasivo y misericordioso con buenos y malos, de ini-

ciativa absoluta siempre atenta y activa, totalmente entregado a nuestro cuidado y a la promoción de la fraternidad, de la justicia y de la realización humanas. Un Dios que de nosotros sólo desea y espera acogida abierta y colaboración agradecida, “dejándonos salvar por Él” (cf. 2Cor 5,20). Un Dios de quien el libro del Apocalipsis dice maravillosamente: “Ten en cuenta que estoy a la puerta y voy a llamar; y, si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos los dos” (3,20).

Por eso, mientras la Iglesia nunca ha tocado ni va a tocar el texto de los salmos en cuanto libro de estudio, es decir, de lectura, análisis y meditación, no procede del mismo modo cuando los trata como oración. Hay salmos que no se pueden orar, porque quien ora de verdad hace suyas, apropiándose, las palabras que pronuncia; pero muchas de las presentes en el Salterio –comprensibles en su tiempo– hoy estarían contradiciendo el ser más íntimo de Dios tal como nos ha sido revelado en Jesús. Por eso, como hace observar Julio C. Trebolle en uno de sus últimos estudios del libro de los salmos, “la liturgia ha excluido del rezo de las horas los salmos 58, 83 e 109, porque expresan deseos de venganza y sentimientos de odio inaceptables”; en otros casos, fueron expurgados versos sueltos, como los 7-9 del salmo 137.

Con todo, al no haberse hecho de manera expresa esta distinción entre oración y estudio, se ha producido cierta confusión que ha dejado la reflexión a medio camino. Quedan todavía demasiados salmos o versos en la liturgia –¡uno sólo ya sería demasiado!– que no pueden ser legítimamente pronunciados como *oración directa*, puesto que ésta, si quiere ser auténtica, debe expresar la intención real del orante y no puede reflejar una imagen falsa del Dios a quien se dirige. Los recursos a los que a veces se acude, mediante transposiciones simbólicas (las

maldiciones remitirían al demonio, no a enemigos reales...), resultan arreglos artificiosos que no pueden vencer y que prolongados en el tiempo acaban contaminando la sinceridad de la oración u obligan a transposiciones constantes. Transposiciones que o amenazan con hacer imposible la oración, o llevan a confundirla con un estudio exegético, digno tal vez, pero fuera de lugar.

Por otro lado, continuar rezando los salmos tal como están puede tener consecuencias negativas. Resulta muy difícil evitar que su rezo indiscriminado –sobre todo en la forma repetitiva y psicológicamente indefensa de la recitación salmódica– vaya introyectando una imagen inadecuada o incluso profundamente deformada de Dios. No cabe negar, por ejemplo, que bastantes expresiones sálmicas tienden inevitablemente a cultivar sentimientos o a promover emociones que impiden o dificultan la asimilación de la llamada de Jesús a “ser compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36). (Debo confesar que no soy capaz de escapar a la sospecha de que cierto espíritu de intransigencia y exclusivismo que a veces oscurece el rostro histórico de la Iglesia tiene aquí uno de sus focos inconscientes).

Este desajuste, tan profundo, resulta cada vez más claro en una cultura crítica con la religión y muy atenta a sus deformaciones. Algo que la conciencia cristiana no podía dejar de advertir. Resulta curioso que, justo a las puertas de nuestra cultura actual, san Ignacio de Loyola, hablando en general, no sólo de los Salmos, en el comienzo mismo del libro de los Ejercicios, hiciese ya la distinción entre el lenguaje del estudio y el de la oración: “como en todos los ejercicios siguientes espirituales usamos de los actos del entendimiento discurriendo y de los de la voluntad affectando; advertamos que en los actos de la voluntad, *quando hablamos vocalmente o mentalmente*

con Dios nuestro Señor o con sus santos, se requiere de nuestra parte mayor reverencia, que quando usamos del entendimiento entendiendo”.

Esa misma conciencia es también la que lleva tiempo reaccionando mediante una floración, cada vez más abundante, de libros, plegarias o canciones que imitan, parafrasean o simplemente crean en paralelo “salmos” que, limpios de esas limitaciones, respondan mejor a la revelación de Jesús y alimenten el auténtico espíritu evangélico. Están sin duda haciendo mucho bien tanto en la liturgia colectiva como en la piedad individual.

En este libro se intenta por primera vez –en cuanto se nos alcanza– un camino diferente. No se busca crear nuevos salmos, ni suprimir, enteros o en parte, ninguno de los que la historia santa nos ha regalado. Injertándose en la tradición genuinamente bíblica de la actualización y reinterpretación de los salmos ya existentes, lo que se procura es una “traducción cristiana” de todos y cada uno de los salmos y de los versos. La intención directa y primaria consiste por eso en poner en las manos de los creyentes unos salmos que se *puedan orar directa y literalmente*, sin glosas ni acomodaciones artificiosas. De manera que tanto los individuos como las comunidades, situados expresamente en la perspectiva abierta por Jesús y acogiendo su Espíritu, puedan rezarlos abriendo directamente su corazón y haciendo disponible su vida ante el *Abbá* que nos salva y que trata de establecer en la tierra, para toda mujer y todo hombre, su Reinado de amor, de paz y de perdón.

La introducción de Manolo Regal, que ha tomado sobre sí el peso fundamental de la traducción, aclara los criterios seguidos en este nada fácil empeño. Sería iluso pensar en un resultado concluido. Tanto él como sus

colaboradores en la revisión final hemos sido en todo momento muy conscientes de haber puesto tan sólo el inicio de un largo trabajo que espera continuadores y mejoras. No sólo la extensión misma del texto, sino sobre todo la maravillosa calidad de los salmos originales hacen imposible toda pretensión perfeccionista. Algunos salmos en su integridad y muchos versos de otros nos han facilitado la tarea, permitiendo la simple transcripción. Otros resultaron fácilmente ajustables al espíritu evangélico con tan sólo ligeros retoques. En otros el problema se hace realmente difícil, a veces casi imposible, porque obligan a una transposición radical. Demasiadas veces resulta dolorosa la pérdida de aliento poético, el desdibujamiento de las concreciones, el apagamiento del grito o incluso la evocación entrañable de ciertas expresiones muy de antiguo incorporadas.

Por eso mismo toda sugerencia de mejora o incluso toda posible corrección serán recibidas con agradecimiento para incorporarlas en próximas ediciones. Sería una manera fraterna de continuar la propia historia de los salmos, ellos mismos fruto muchas veces de un trabajo comunitario. En la medida en que se logre, constituirá una prueba más del carácter vivo de la revelación, siempre actualizándose como palabra actual y experiencia eficaz, lluvia de gracia salvadora que, según Isaías había anunciado, no vuelve nunca al cielo sin fecundar los corazones y bendecir la historia.

Andrés Torres Queiruga

PRESENTACIÓN

HITOS FUNDAMENTALES DE LA ESPIRITUALIDAD DE LOS SALMOS

Sentimos una profunda admiración por el libro de los salmos como libro de poesía religiosa, como libro de oración, que, desde su misma aparición, ha sostenido y alentado la plegaria de miles y millones de hombres y mujeres; entre esos hombres y mujeres han estado primeramente creyentes del judaísmo, el mismo Jesús de Nazaret entre ellos, María, su madre, José, su padre, los primeros apóstoles y las primeras comunidades cristianas palestinas que echaron la simiente del cristianismo; y después el conjunto de la Iglesia cristiana que integró los salmos en su oración litúrgica y oficial. Podemos decir que no ha habido creyente auténtico en el ámbito judeocristiano, hombre o mujer, que no haya cimentado su relación viva y amorosa con Dios en las experiencias espirituales recogidas y ofrecidas en los salmos. Y así sin interrupción hasta el día de hoy.

Si esto es así, se debe fundamentalmente a que el salterio encierra una profundísima espiritualidad, con capacidad para acompañarnos como personas orantes en los diferentes tiempos de la historia y en los diferentes momentos de la trayectoria personal de cada uno, de cada una de nosotras. Ofrecemos a continuación algunas claves fundamentales de la espiritualidad que se

expresa, que se alienta y provoca desde los salmos, desde su lectura y oración, por lo menos tal como nosotros las percibimos. Entendemos que es en este mundo espiritual donde conviene entrar gozosamente, para poder experimentar la capacidad que los salmos tienen de contribuir poderosamente a sustentar nuestra existencia orante*.

1. *Por una vida feliz, por una vida mejor.* La persona que se presenta como orante en los salmos es una persona, hombre o mujer, que se propone algo muy ordinario, muy de todas las personas de todos los tiempos: ser feliz, poder gozar con una vida siempre mejorada. No es casualidad que el primer verso del primer salmo empiece precisamente con la palabra *feliz*: “Feliz la persona / que no sigue consejos de malvados” (Sl 1,1a).

Esta búsqueda de felicidad, de vida asentada y mejorada siempre, cruza todo el salterio, como una corriente de fondo al servicio y en dependencia de la cual están todos los vaivenes vitales y oracionales que salmo a salmo el salmista, la salmista, va ofreciendo a nuestra consideración. La felicidad, la vida mejor, siempre deseada, se expresa y representa a través de expectativas diversas: la superación de una enfermedad, la resolución de una situación creada por el abuso de gente malvada y poderosa, la buena gestión de una situación personal de pecado y de culpa, la contemplación de la naturaleza y de la historia como lugar en el que Dios se hace presente como garantía de nuestra felicidad, la aproximación al mismo Dios, que es el comienzo y la meta de todo el recorrido que lleva o puede llevar a la experiencia honda de felici-

* Cuando en la introducción y en el índice de esta obra citemos los salmos, lo haremos siguiendo la numeración del texto hebreo; en el encabezamiento del texto de cada salmo figura la numeración del texto hebreo y entre paréntesis la del texto de la Vulgata, que es la que se emplea en los textos litúrgicos.

dad. Todo lo anterior conduce hasta Dios, como eslabones motivadores, pero Dios mismo tiene en sí consistencia suficiente como para convertirse en espacio de felicidad, aunque todo lo anterior falle, como con frecuencia le sucede a quien ora en los salmos.

2. *Dios fundamento último de la mayor felicidad.* Podemos decir, introduciéndonos en la dinámica humana y espiritual de los salmos, que Dios mismo y el buen funcionamiento social son los dos lugares fundamentales donde se estructura la posible felicidad de cualquier hombre o mujer. El Dios bueno, que la salmista, el salmista, nos ofrece para ser gustado: “Gustad y ved que bueno es el Señor: feliz quien a él se acoge” (Sl 34,9), es el Dios que garantiza la felicidad: “¿Quién nos hará ver la dicha? ¡Que la luz de tu rostro ilumine nuestras vidas!” (Sl 4,7), el Dios, por lo tanto, con el que la salmista se siente completamente gratificada: “El Señor es la parte de mi herencia y mi copa / tú aseguras mi suerte” (Sl 16,5), y en el que encuentra su máxima satisfacción: “Por eso se me alegra el corazón, sienten regocijo mis entrañas, todo mi cuerpo descansa tranquilo” (Sl 16,9). Una felicidad incomparable, ante la cual resulta vanidad cualquier otra oferta: “Tú pones en mi corazón mayor alegría / que la de quien tiene millones en sus cuentas” (Sl 4,8). Las citas podrían multiplicarse por docenas y cientos.

El ser humano tiene acceso a este Dios, para gozar de su presencia vital, de su dinamismo, de su pacificación a fondo, a través de diferentes canales, que ora aquí, ora allá, nos van ofreciendo los diferentes salmos: la naturaleza misma es un lugar privilegiado para la salmista, donde encontrarse con el Dios creador, espléndido, que se nos ofrece como fuente permanente de vida y de posi-

bilidades (Sl 8, 19, 29, 33, 65...); otro lugar preferente es la misma historia personal (Sl 63, 71, 138...) o del conjunto del pueblo (Sl 44, 65, 78, 81, 135, 136...); los momentos de aflicción personal o colectiva le ayudan al salmista a despertar la memoria y a desear y provocar y descubrir y gozar la presencia salvadora, restauradora de Dios (Sl 5, 22, 54, 69, 80, 83...); y no digamos ya aquellos momentos íntimos, en los que el salmista, la salmista, descansa en su Dios penetrando en su intimidad y descubriendo y gozando la inmensidad de su amor, de su misericordia, de su fidelidad por encima de cualquier contratiempo personal o social que la vida va ofreciendo (Sl 13, 16, 23, 26, 50, 63, 139...).

El otro polo de la felicidad, en estrecha correlación con Dios mismo, lo descubre la salmista en la adecuada configuración de la vida social. Pero, si la fidelidad era un distintivo de Dios, si Dios nunca fallaba en lo que prometía (“Las palabras del señor son palabras limpias, plata pura en el crisol, siete veces purificada” (Sl 12,7), todo lo contrario es lo que le pasa a la realidad social; está llena de alteraciones, de injusticias, que hacen que la felicidad posible, derivada de una buena convivencia social, no sea sino un deseo, un empeño, un sueño, que Dios mismo provoca y alimenta. Sólo en algún caso concreto aparece la salmista gozando de una realidad social realizada en la bondad y en la justicia de Dios (Sl 48, 125, 133).

3. *Una felicidad, una vida permanentemente amenazada.* Esta es una de las principales características de la trayectoria personal y colectiva, popular, del libro de los salmos. La felicidad, entrevista a lo lejos, soñada, a veces levemente tocada, es una felicidad bajo constante amenaza, una felicidad en riesgo. El edificio de la felicidad

está siendo sacudido por el propio pecado o por el pecado del pueblo, cosa que en el sentir del salmista nunca podrá cerrar las entrañas de Dios; pero está siendo sacudido de forma persistente, insultante, desalentadora por la presencia de personas o grupos de personas malvadas, mentirosas, falsas, opresoras, que sacuden la convivencia social del pueblo en beneficio de sus intereses y en perjuicio de los más débiles y humildes. Claramente se deja ver que quien ora en los salmos pertenece a una sociedad que no garantiza para nada un “estado de derecho”, en la que los derechos de los más débiles se pueden saltar sin que haya un valedor justo que los defienda. El contacto permanente con tanta injusticia, la sensación amarga de su contundencia maléfica coloca en constante tensión al salmista. Porque no se trata sólo de comprobar que los poderosos manejan las cosas como y cuanto quieren, lo cual ya sería suficiente; lo más doloroso aún para el autor o autora de los salmos es que la existencia abundante de este tipo de personas, con un estilo de vida que perturba la deseada paz social justa, pone en entredicho los convencimientos de fondo de los que partía: Dios es justo y hará que la justicia triunfe en la convivencia social. Lo que empieza siendo un agudo problema sociológico, se convierte también en un problema teológico que perturba hasta lo más íntimo la existencia material y espiritual de quien lo padece.

Unas tres cuartas partes del Salterio se mueven en esta clave, desde esta preocupación; el listado de los salmos que la reflejan es interminable: 5, 22, 28, 31, 35, 44, 64, 74... La persona orante se muestra muchas veces desconcertada, no le cuadran fácilmente las cosas; y además los mismos malvados parecen gozar ridiculizando a veces su actitud creyente, cosa de la que se hacen eco también bastantes salmos (Sl 12, 42-43, 74...).

4. *La fe de la salmista a prueba de cualquier provocación.* Estamos ante uno de los aspectos más hermosos y llamativos del salterio. La situación anteriormente descrita tendría fuerza suficiente como para sumir en la desesperación a cualquier persona que la padeciese. Pero la salmista es una persona consistente ata el extremo. Resulta impresionante comprobar el recorrido que una y otra vez quien ora en los salmos va haciendo, incluso en el mismo salmo, desde la constatación dramática de la injusticia –descrita frecuentemente con una intensidad y con una plástica poética de altísimo nivel–, a través de las dudas que eso le suscita, hasta la afirmación de su confianza absoluta en Dios y la seguridad consiguiente de que las cosas cambiarán, para acabar en canto de fiesta lo que había empezado siendo llanto desconsolado y angustioso (Sl 40, 56, 71, 86...). En esta misma línea, los salmos de confianza llenan muchas páginas del salterio y, sin duda, muchas de las más hermosas (Sl 3, 4, 13, 16, 23, 25, 27, 33, 40...).

¿En qué basa la salmista su fe? ¿Qué es lo que le da energía para situarse en la esperanza ante la persistencia de tanta injusticia reinante? La salmista tiene unos convencimientos radicales que le hablan de un Dios creador, amigo de la vida, justo y garante de justicia en lo personal y en lo social, salvador también, por lo tanto; convencimientos que alimenta posando su mirada muchas veces en su propia experiencia de persona que ha recibido y experimentado el poder liberador de Dios, y posándola también en la historia del pueblo del que forma parte, aunque ambas experiencias pasen también, más de una vez, por momentos de crisis y de inseguridad profunda, de duda y de resquebrajamiento. En el fondo la fe de la salmista es pura fe: Dios está, Dios es justo, Dios es fiel, Dios está por la justicia, Dios es amparo, refugio, for-

taleza, roca firme... Y, cuando la historia personal y colectiva ponga en solfa a veces estas seguridades, le queda la confianza profunda, insobornable, madurada en el contacto íntimo con Dios, el único que le garantiza tanta seguridad.

5. *El Dios, por lo tanto, vivido desde la perspectiva del conflicto social.* Porque resultaba tan insultante el conflicto de convivencia social que se fue viviendo durante siglos en las diferentes y sucesivas sociedades que le tocó vivir a quien componía y rezaba con los salmos, y porque Dios tenía o debería tener un papel especial en toda esa realidad, por eso fue por lo que Dios acabó siendo concebido, pensado, deseado, sutilmente criticado, gustado, agradecido, celebrado básicamente desde esa óptica; una óptica que, por lo demás, seguirá siendo la de Jesús, aunque modificando de forma importante tonos y acentos, como luego veremos. Hay salmos de diferente tipo: súplica, confianza, alabanza, agradecimiento, didácticos, etc., pero es raro el salmo que no está afectado, positivamente afectado, por la cuestión social: bien de súplica, manifestando el deseo de que la realidad social se modifique a favor del respeto por los derechos de las personas más débiles; bien de confianza, expresando el convencimiento de que Dios actuará para que las cosas así sean; bien de agradecimiento, manifestando la plena satisfacción porque, en momentos por lo menos, lo soñado se ha hecho realidad; bien de alabanza, festejando el Dios que en su ser y en su actuar se ha demostrado como entregado a la vida y a las causas que la garantizan; bien didácticos, explicando e intentando convencer con razonamientos y experiencias variadas de que merece la pena apostar por Dios y por los caminos de vida y de justicia que él garantiza, sin dejarse engatusar por el encanto del dinero y del poder, montados en el carro del abuso.